

LOS VERSOS DE CORDELIA

XXXIX PREMIO DE POESÍA CIUDAD DE BADAJOZ

Un jurado compuesto por Jaime Álvarez-Buiza Diego, Juan Manuel Cardoso Carballo, José Antonio Ramírez Lozano, Jon Juaristi Linacero y Julia Barella concedió a la obra titulada *Streaming*, de Diego Miguel Núñez Vaya, el trigésimo noveno Premio de Poesía Ciudad de Badajoz, que fue convocado por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz.



70
LOS VERSOS DE CORDELIA

Streaming



Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, septiembre de 2022

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodcordelia.es

  @reinodcordelia  facebook.com/reinodcordelia

 www.youtube.com/c/ReinodCordelia01

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

C/Agustín de Betancourt, 25 - 5º pta. 24

28003 Madrid

 El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel reciclable

© Diego Vaya, 2021



Ayuntamiento de Badajoz

Este Premio de Poesía ha sido convocado
por el Excelentísimo Ayuntamiento de Badajoz

IBIC: DCF | Thema: DCF

ISBN: 978-84-19124-17-3

Depósito legal: M-20008-2022

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: María Robledano

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Streaming

Diego Vaya



Índice

I PANTALLA VACÍA	13
II EXTINCIÓN	33
Dentro la noche	35
Pasillos	37
Saldo	41
Cortes	43
El río	47
El puente	53
Los pasos hacia el lago	55
Agradecimientos	61



No entiende nada. Está sentado delante del televisor, con las manos entrelazadas detrás de la nuca y los codos hacia fuera.

Y luego mira la pantalla vacía.

DON DELILLO



A Lidia y a Diego, que me salvan cada día

I

PANTALLA VACÍA

No me vayan a haber dejado solo,
y el único recluso sea yo.

CÉSAR VALLEJO



MIENTRAS REGRESO solo
para encerrarme en casa
todo está desplomándose en sus sombras.
Apenas son las siete de la tarde,
aunque aquí ya parece media noche.
Calles interminables y vacías,
y las mismas imágenes en todas las pantallas,
y esperar bajo un cielo
de cables y señales invisibles.
Huele la tarde a árida renuncia,
al abandono que levanta un viento
que ya nunca será como la mano
de mamá en la mejilla.

Los pájaros son piedras contra el aire.
La luz de las farolas repite un peso muerto,
como si todo fuese a derrumbarse.
Sube un río de arena por mi respiración.

Pero te amo, y morir
ha dejado de ser
la última frontera.

Es la hora en que se encienden las ventanas.
No queda nadie fuera,
pero resuenan pasos en el aire.
Se replican noticias
de fronteras cerradas, de curvas, de contagio
en los mercados. Dices
que espere sin pensar,
pero la información es otro virus.
Y lo que viene luego parece estar en blanco:
la realidad se ha vuelto

una improvisación. Abro la puerta
y no sé dónde estoy.

Es la densa acogida del silencio
al entrar en la casa, las voces de otra tierra
llamándome en mis pasos,
la persiana cayendo
como una guillotina que se atasca
y siempre deja su trabajo a medias.
No quiero estar dormido ni despierto:
de un lado está la imagen de esta vida
enfebrecida en llamas hasta el grito o el llanto
solo por no caerse contra la oscuridad,
de otro lado un dolor incontenible
dispuesto a desangrar cada acto de amor,
cada golpe de fe, cada verdad y cada sueño.

En algunas películas de zombis
la gente se refugia en centros comerciales.

Yo estoy en esta casa, donde el mundo
es otro contenido más de *streaming*,
y el infinito está en cada pantalla.

Solo amarte me salva todavía, saber
que a pesar de que todo de repente es muy frágil,
volveremos a vernos.

Desde la cama el cielo se parece
a una mancha pintada con espray,
pero tampoco significa nada.
Todo aquí está tan muerto como arriba.
No quiero estar dormido ni despierto.
Mi alma siempre fue una postura incómoda,
un modo de no estar en ningún sitio.

Antes de irte dejaste cada cosa
en un orden preciso: el pósito en la mesa

donde habías escrito que el amor
era el último pozo en el que refugiarnos
del virus en que el mundo se había convertido hacía tiempo,
y dentro de un cajón los psicofármacos,
las dosis y las horas,
y una botella de agua de mineralización muy débil
donde el cielo se hundía en su propio reflejo.
Desde la puerta me dijiste:
«No puedes sujetar la nube ni su sombra,
y pasarán las dos
sin que quede ni huella de su paso en la tierra.
No esperes encontrar el sentido de todo
otro día cualquiera ni en un lugar distinto.
Mira a tu alrededor:
eres la levedad del mundo, y aunque solo
veas como destellos de una linterna a punto de apagarse,
sigue siendo luz: abre los ojos para entrar».

Las pastillas están sobre la mesa:
alguien me prometió que existiría

otra forma de ser, otra vida, otro mundo
donde sabría al fin quién era yo.
Sé que los sueños químicos han sido diseñados
para que un día llegue a no sentir
la vida como un sitio inhabitable,
una huida inconsciente por la consciencia incómoda
de que cualquier camino
tiene un final que nadie se atreve a mirar
de frente, una visión que nos ciega y nos hunde
en dirección constante hacia una pesadilla
más intensa, más nítida, más honda
que todo este vivir sin un sentido claro.

Sé que los sueños químicos
solamente me sirven para que no me importe
lo que sucede fuera mientras las dudas siguen
creciendo como espinas dentro de los pulmones,
pero ya ni siquiera detienen el insomnio.

Tus palabras creaban un verano,
solo ahora lo entiendo. Nos pasábamos
agosto labio a labio. Miro por la ventana:
las nubes pasan como si la noche
se desangrase, como si en lugar
del goteo metálico de un aire acondicionado
fuese la sangre de las estrellas degolladas
llamando en los cristales.
Y siento en mí de pronto el sueño
más hondo de la carne: continuar
latiendo cuando todo ya se apague.

Aunque cierre los ojos sigo viendo
este mismo momento inconcebible:
curva de crecimiento, tasas de mortandad,
cierre de unas fronteras que no existen,
el colapso del mundo transmitido en directo.
Todo muta tan rápido que soy un amasijo
de datos inconexos. El móvil se ha apagado. Oigo
cómo crece la hierba.